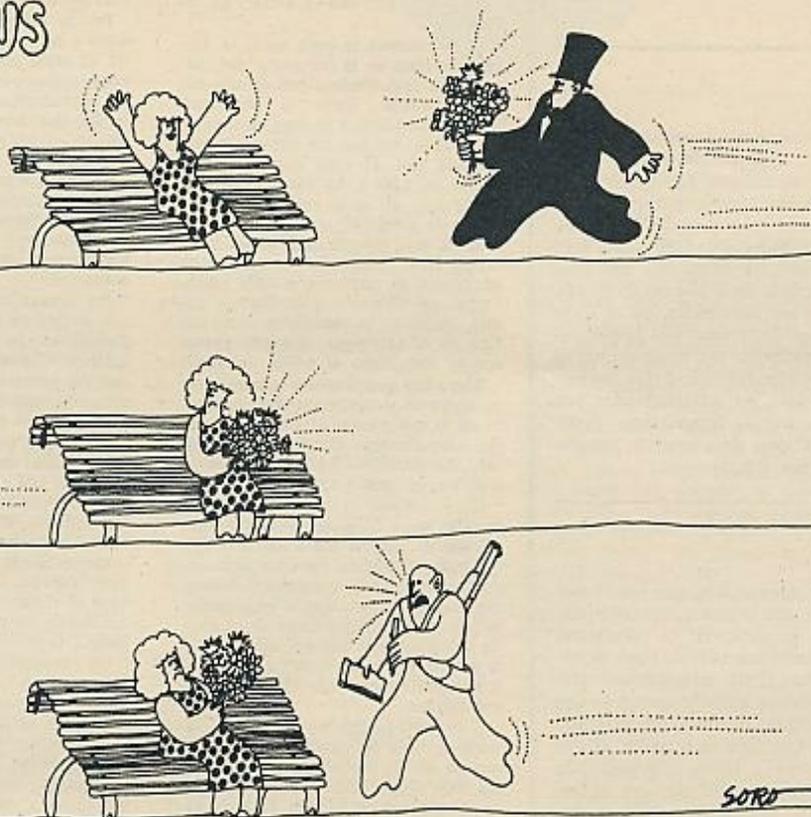


MASSIUS



una potencia de 500 kilotonnes, fue ya anunciada en el pasado mes de mayo. También está prevista, para enero de 1971, la fabricación de un nuevo ingenio balístico submarino, el «Poseidón». De este modo, el número de cabezas nucleares norteamericanas, calculado actualmente en 2.382, será de 7.530 en el 75. En este número están incluidas las 4.960 ojivas a instalar en un total de 496 misiles «Poseidón» (lo que equivale a 10 bombas por cada ingenio). Los soviéticos, por su parte, ya han iniciado la construcción del enorme I. V. B. M. «SS-9 Scarp», provisto de tres cabezas nucleares.

El proyecto americano-soviético no afectará al desarrollo de esta nueva generación de armamentos, sino que tratará tan sólo de evitar que el desarrollo de la siguiente se lleve a cabo sin ningún tipo de control internacional. Tampoco se trata de impedir la construcción de M. I. R. V., ya que, según los expertos, estos ingenios podrían fabricarse perfectamente en serie sin pruebas de vuelo previas. Por eso precisamente, Sigvard Eklund, director de la Agencia Internacional de la Energía Atómica (A. I. E. A.), al ser consultado recientemente por los delegados norteamericano y soviético en el S. A. L. T., Smith y Memionov, contestó que «el proyecto de acuerdo es peligroso, ya que puede dar a la Humanidad la ilusión de que está a salvo, cuando la verdad es que se habrá

triplicado la cantidad de explosivo nuclear disponible para exterminar a cada uno de los hombres que pueblan la Tierra».

MERCENARIOS

Suben

los sueldos

Los mercenarios franceses ya no están en paro. El fin de la secesión katan-gueña, el acuerdo entre monárquicos y republicanos en el Yemen y la derrota de Biafra les había dejado sin trabajo y, consecuentemente, sin dinero. Pero han vuelto a encontrar empleo: ahora se dedicarán al entrenamiento de los comandos de determinadas organizaciones palestinas, como el FPLP. Desde finales de mayo, unos sesenta veteranos de Katanga y de Biafra han firmado un contrato en una pequeña oficina de reclutamiento situada en el centro de París.

En grupos de siete u ocho, estos voluntarios toman, nada más firmar el contrato, el primer avión rumbo a Damasco o a Beirut. Después de pasar unos días en un centro de instrucción próximo a la capital siria, se dirigen bien a los campos de entrenamiento palestinos, bien a las zonas de combate

en el frente del Jordán. El salario no es elevado: 2.500 nuevos francos al mes, que se depositan en un Banco de París. Pero de algo hay que vivir.

Para los próximos días hay previstas nuevas salidas de mercenarios. Se calcula en 80 ó 90 el número total de franceses que han firmado o firmarán el contrato. A los franceses hay que añadir otros voluntarios belgas, italianos y británicos. Los mercenarios han recibido la consigna de tratar de no llamar la atención. Tan sólo se les permite enviar una tarjeta postal cuando llegan a Damasco.

Parece ser que también el nuevo gobierno camboyano tiene necesidad de mercenarios y que ha establecido ya contacto con veteranos de Indochina o Corea. En este caso, los salarios son, al parecer, más altos.

LOS «TUPAMAROS»

Asalto

a un cuartel

¿Es posible asaltar, con éxito, un cuartel militar situado en zona céntrica, en una capital de millón y medio de habitantes? Los «Tupamaros» lo ocuparon durante más de dos horas, ataron a toda la guar-

nición, hicieron entrar un camión, lo cargaron con más de trescientas armas largas, izaron una bandera revolucionaria en el patio central y se marcharon tranquilamente, sin un solo rasguño. Y todo, a unas pocas manzanas del palacio del gobierno.

Montevideo.—Fernando Garín se quita el casco. A ciento cincuenta metros de distancia es imposible identificarle. Pero el hecho es que todo estaba previsto así, incluso ese gesto. Es el 29 de mayo, dos menos cuarto de la madrugada. Garín es ordenanza de guardia y, por eso, el centinela, con su fusil R-15 al hombro, en el portalón de entrada del Centro de Instrucción de la Marina uruguaya, no presta atención a este gesto intrascendente. Los tres hombres que viajan en el coche que acaba de arrancar por la calle Washington, en dirección al Centro, saben con certeza que, inequívocamente, quien se ha quitado y vuelto a poner el casco es Garín, veintitrés años, natural del poblado de Juan Lacaze, hijo de uno de los fundadores del sindicato textil.

Junto al coche desfila el viejo mural-lón del centro militar. A un centenar de metros, a pesar de la hora, ruedan todavía nutridas filas de automóviles por la rambla que bordea el mar montevideano. En la azotea, sobre el portalón de entrada, hay otro soldado de guardia. Dentro del viejo edificio, unas sesenta personas, entre marineros y oficiales, duermen. Hay una tercera guardia en el fondo, del lado de la calle Lindolfo Cuestas. En los alrededores, diecinueve militantes «Tupamaros», al acecho de los acontecimientos.

Todo depende ahora de los tres hombres que van en el coche y, sobre todo, de la sangre fría de Garín. Cuando el automóvil se detiene frente al portalón, los centinelas se inquietan. Dos de los «Tupamaros» se adelantan fuera del vehículo.

—Somos de la policía. Necesitamos ver al oficial de guardia —lo han dicho en tono firme, autoritario.

El centinela llama al ordenanza. Garín se presenta, ceñudo, fingiendo desconfianza. Se aparta y revisa los papeles de los supuestos agentes. Luego les hace entrar.

La escena es seguida con todo detalle por otros miembros del comando «Tupamaro», oculto en las sombras de la callejuela, a un centenar de metros. Antes de franquear el portalón, uno de los hombres lanza una mirada rápida hacia arriba: en la azotea, a unos cuatro metros sobre el nivel de la calle, el centinela, ya conflagrado, deja descansar su R-15 con la culata en el suelo.

Veamos ahora la escena desde la intersección de las calles Washington y Guarani en este barrio portuario. Si uno desciende hacia la Rambla, dos manzanas más abajo, desemboca en la calle Buenos Aires. Doblando hacia la izquierda, en doce manzanas, uno está en plena plaza de la Independencia, frente al palacio de la presidencia del Uruguay. Una pareja de enamorados desciende por Washington, sin que sepamos por dónde proceden. Junto al mural-lón gris, el «policia» les interpela: —Identifíquense.

(Gesto de manos nerviosas, señales de impotencia: el muchacho busca en los bolsillos; ella, en su bolso.)

—No tenemos —dicen en alta voz—. Somos estudiantes del Alfredo Váz-